

Carson McCullers y Karen Blixen: amigas reales e imaginarias. La visión compartida que cambia el dolor en esperanza.

Natalia Izquierdo López
Universidad Complutense de Madrid
España

0. Introducción

*De estos bienes pasajeros que probamos apenas
un viejo amigo es lo mejor que nos queda.*
Alfred de Musset. «A.M.V.H. (À mon ami Victor Hugo)».

Como sucede en la esfera del amor, a veces también se dan «flechazos fulgurantes y definitivos en el terreno de la amistad» (Saint Pern, 257). No en vano, fue justamente una conexión de este tipo la que unió los destinos de Carson McCullers (1917-1967), autora de extracción popular nacida en Columbus, una pequeña población del Sur de Estados Unidos, y de Karen Blixen (1885-1962), acomodada escritora danesa venida al mundo en la finca familiar de Rungstedlund. El origen de tan «fulminante amistad» se remonta a comienzos de 1937, cuando, acompañada de James Reeves McCullers, su futuro marido, Carson viajó a Charleston (Carolina del Sur) para visitar a unos amigos. Durante una conversación mantenida en su casa, éstos le recomendaron a su invitada que leyera *Memorias de África* (1937), autobiográfica novela de la narradora danesa que, editada bajo el nombre artístico de «Isak Dinesen»¹ y publicada pocos meses antes en Estados Unidos, se había convertido para entonces en un rotundo éxito de ventas². Sin embargo, convencida de que se trataba de un libro de caza mayor, pasatiempo que detestaba, y con la excusa de que la creación de su primera y todavía inédita novela, *El corazón es un cazador solitario*, la

¹ Respecto a este pseudónimo cabe señalar que, si bien «Dinesen» constituye su apellido de soltera, el apelativo de «Isak» -en hebreo «el que ríe»- entraña una adaptación del de «Isaac», patriarca bíblico salvado del sacrificio por el mismísimo Dios del pueblo judío. Por otro lado, puesto que además de la referida novela K. Blixen publicó otros muchos escritos bajo este nombre artístico, lo emplearemos también para referirnos a ella en lo sucesivo.

² Entre otros galardones, la novela había obtenido el título de «Libro del Mes», otorgado por el popularísimo Club del Libro, reconocimiento que más tarde conquistaron otros de sus trabajos.

había dejado exhausta³, McCullers les advirtió a sus amigos que no se encontraba en condiciones de leer nada. No obstante, el día de su marcha, discretamente, y sin decir palabra, éstos le deslizaron un ejemplar del libro sobre el regazo, volumen que leyó fascinada de camino a Golden's Bridge, donde la joven pareja de novios había alquilado una pequeña casa de campo en que pensaba hacer realidad la simplificación de la vida que predicaban los apóstoles del pensamiento libertario. Así, para cuando arribaron a orillas del lago Katona, cuyas límpidas aguas les estaban aguardando, la sureña se encontraba ya bajo el hechizo de la «hermosa elegía» que Dinesen había escrito en honor del continente africano (McCullers 2007b: 95). A aquella primera lectura, impulsiva y arrebatada, le siguieron enseguida otras muchas meditadas y pausadas, a la par que acometidas «con tanto amor» que pronto la autora de *Memorias de África* se convirtió en su «amiga imaginaria» (McCullers 2007b: 96). Pero como temía que la realidad perturbara la imagen que se había formado de ella, en lugar de tratar de escribirla o conocerla, Carson se aprestó a leer de inmediato el resto de la obra de la narradora danesa. De este modo, al magnetismo de la referida novela le sucedieron el hipnotismo de los *Siete cuentos góticos* (1934) y la sugestión de los *Cuentos de invierno* (1942), colecciones de relatos en torno a las cuales gira «Isak Dinesen. Cuentos de invierno», emotivo homenaje que, en junio de 1943, la novelista norteamericana rindió a su «amiga de la imaginación» (McCullers 2007b: 96). A partir de entonces, McCullers dejó de ocuparse de los «aspectos del Sur más repugnantes» que había reflejado en *El corazón es un cazador solitario* y, siguiendo el ejemplo de Karen, comenzó también a «escribir [...] por amor a las palabras y a las imágenes», cambio de estilo que enseguida se hizo palpable en *Reflejos en un ojo dorado*, su segundo gran relato⁴ (McCullers 2001: 102). Asimismo, siempre que se encontraba «enferma o descontenta con el mundo, regresaba a *Memorias de África*», que jamás dejó de consolarla, mientras que, cuando quería «salirse de [su] vida, leía *Siete cuentos góticos* o *Cuentos de invierno*, o más adelante, los *Últimos cuentos*», cuyas versiones danesa e inglesa verían la luz en 1957 (McCullers 2007b: 87-97). Entre tanto, se esperaba que aquel mismo año la Academia Sueca concediera el Premio Nobel de

³ La editorial Houghton Mifflin publicó finalmente esta novela el 4 de junio de 1940.

⁴ En esta novela, Carson abordó el espinoso tema de la homosexualidad en el seno del Ejército Norteamericano, lo cual le valió amenazas de muerte por parte del Ku Klux Klan.

Literatura a la escritora danesa. Aunque finalmente no se le otorgó, a los pocos días de fallarse dicho galardón, Karen Blixen fue nombrada miembro de honor de la Academia Norteamericana. Pese a todo, hoy apenas se recuerda la extraordinaria acogida que su obra tuvo en la segunda mitad del siglo XX en Estados Unidos, ni la fascinación que su autora ejerció, no sólo sobre Carson McCullers, sino sobre otros muchos escritores y artistas de su generación⁵. Por eso, no es extraño que, dos años después de que la autora danesa se perpetuara en su condición de «eterna promesa» a la medalla de la Academia Sueca, su homónima americana le rindiera un homenaje en una velada a la que, por pertenecer a ésta desde 1952, la para entonces afamada novelista Carson McCullers también estaba invitada⁶. Así, aquel 21 de enero de 1959, durante el cóctel previo a la cena, ésta le rogó al presidente de la Academia que se le permitiera sentarse cerca de su imaginaria amiga danesa. Pero, «como hay cosas que nunca podríamos imaginar de antemano, ni en el momento mismo en que suceden, ni siquiera más tarde, cuando las recordamos», resultó que Dinesen ya había rogado que sentaran a Carson a su lado, puesto que, desde que había caído en sus manos *El corazón es un cazador solitario*, lo había leído y releído con renovado fervor y creciente entusiasmo, algo que se repetiría luego con el resto de sus relatos (Dinesen 1986: 299). No obstante, y aun cuando habían transcurrido más de dos décadas desde que McCullers leyera por primera vez *Memorias de África*, para ella Karen seguía siendo aquella «mujer fuerte, llena de vida, extraordinariamente hermosa que, acompañada por uno de sus lebreles escoceses» aparecía en sus viejas fotografías (McCullers 2007b: 98). Por eso, cuando finalmente la conoció, se le encogió el corazón, pues en aquellos días, Isak Dinesen era ya una anciana frágil y quebradiza, «tan ligera y delgada que parecía hecha de madera de balsa» (Saint Pern, 16). Y es que, poco antes de que emprendiera su triunfante gira por Estados Unidos, ésta

⁵ Entre éstos cabe destacar a Ernst Hemingway, su prosélito y rendido discípulo, quien, en su discurso de recepción del Nobel, aseguró que se habría sentido mucho más feliz si hubiera sido Isak Dinesen quien lo hubiera obtenido. Por su parte, el gran cineasta Orson Welles declaró también que su pasión por Karen Blixen duraría mientras él tuviera ojos para leer (Saint-Pern).

⁶ Recordemos que McCullers se había granjeado esta distinción después de que *El corazón es un cazador solitario*, se convirtiera en un enorme éxito de ventas, al que siguió luego el suscitado por su controvertido título *Reflejos en un ojo dorado*. Asimismo, su novela *La balada del café triste* (1943) había sido incluida en *The Best American Short Stories of 1944*, en tanto que la adaptación teatral de *Frankie y la boda* (1946), sin duda su más laureado trabajo, había obtenido en 1950, entre otros, los Premios Donaldson a mejor obra y mejor dramaturgo novel, así como el prestigioso Premio de los Críticos de Teatro.

había sufrido varias operaciones gástricas y de espalda para atajar los fuertes dolores provocados por la sífilis que, a finales de 1914, le había contagiado el barón Bror von Blixen-Finecke, su por entonces marido, con quien se había casado en Mombasa (Kenia) nada más instalarse en África⁷. A consecuencia de todo ello, la intrépida aristócrata apenas pesaba por entonces treinta y cinco kilos y, al límite de sus fuerzas, necesitaba permanentemente de alguien para poder desplazarse. Por su parte, la imagen que, por aquellas mismas fechas, Dinesen tenía de su imaginaria amiga sureña, no era muy distinta a la de la muchacha de pelo lacio y pajizo, «ojos grises como el mar» y mirada profunda y lánguida que interpelaba a los lectores desde la portada de su primer libro, que tanto la había conmovido (McCullers 2001: 45). Sin embargo, la vida de la escritora norteamericana había estado marcada por las cada vez más graves secuelas y los cada vez más atroces colapsos derivados de la mal diagnosticada crisis de reumatismo articular que padeció cuando tenía quince años. Uno de los ataques más implacables fue el que sufrió en París en noviembre de 1947, cuando, tras pasar una noche entera tendida en el suelo a la espera de que alguien la socorriera, perdió temporalmente la visión del ojo derecho y la movilidad de su costado izquierdo quedó disminuida de por vida. Por eso, cuando Dinesen conoció por fin a Carson, ésta caminaba ayudándose de una muleta e, incapacitada para trabajar en sus manuscritos debido a dos recientes operaciones en su brazo anquilosado, dictaba entonces poemas para niños.

Unidas también en la enfermedad, a raíz de aquella velada, y una vez Dinesen hubo regresado a Dinamarca, ambas amigas, reales ya, iniciaron un afectuoso intercambio epistolar⁸. Así, en cuanto supo que había sufrido la ablación del seno derecho y una nueva

⁷ Aunque los síntomas de la enfermedad remitieron tras un inicial tratamiento seguido a lo largo de 1915 en su país natal, en 1931, durante su definitivo regreso a Dinamarca, y al hacer escala en la clínica Valmont de Montreaux (Suiza) para que le trataran la disentería amebiana que creía que padecía, Karen supo que su malestar se debía a una sífilis de médula espinal en un estado irreversible ya, debido a la cual padeció en lo sucesivo úlceras perforantes, ataxia, facies tabética, etc. Sin embargo, deseosa de devolver a los americanos el cariño que le habían demostrado, la delicada y animosa anciana no dudó en consumir anfetaminas para poder mantenerse en pie durante aquella gira.

⁸ En mayo de 1959, antes de que Karen pusiera fin a su estancia norteamericana, Carson la invitó a su casa de Nyack, donde organizó un almuerzo al que también asistió Marilyn Monroe, a quien Dinesen ardía en deseos de conocer y por la que sentía una viva admiración.

intervención en el brazo izquierdo, Karen le envió a Carson flores y «fotografías encantadoras de sus vacas y de su perro preferido» en Rungstedlund (McCullers 2007b: 100). Por su parte, la escritora sureña le contestó diciéndole que, incluso en tales condiciones, tenía intención de viajar a Inglaterra con ocasión de la celebración del Festival de Literatura de Cheltenham y que, para entonces, se reuniera en Londres con ella⁹. Pero, como respuesta, McCullers recibió una carta de Clara Svendsen, la secretaria y albacea literaria de la autora danesa, quien le explicaba que ésta se encontraba extremadamente debilitada. De hecho, a los pocos días de la llegada de aquella misiva, concretamente el 7 de septiembre de 1962, Karen Blixen fallecía. Meses después, para rendirle un nuevo y póstumo homenaje, la novelista norteamericana le dedicó su ensayo «Isak Dinesen. En alabanza del esplendor» (2007b: 93-102). Asimismo, como por entonces seguía embarcada en la composición de poemas para niños, habló de la añoranza que Karen sintió siempre de África en un pequeño poema titulado «Jirafa»:

En el zoológico vi: Una jirafa aterciopelada de largo
[cuello
Cuya pequeña cabeza, encima de los olores de paja y
[zoológico
Parecía ser un sueño.
¿Soñaba acaso con selvas y llanuras africanas
Que nunca jamás vería otra vez?¹⁰ (2007c: 22).

En esta composición, Carson parafraseó un pasaje de *Memorias de África* que lleva por título «Las jirafas van a Hamburgo»¹¹, y en el que Dinesen proyectó sobre estas «criaturas orgullosas e inocentes, delicadas ambladoras de las grandes praderas», no sólo su

⁹ Carson no sólo se desplazó en tal estado a Inglaterra, sino que, en abril de 1967, pocos meses antes de su muerte, y tras varias operaciones en la cadera y la pierna derechas, fracturadas a consecuencia de una caída, viajó a Irlanda en camilla para visitar a su amigo John Huston, director de la versión cinematográfica de *Reflejos en un ojo dorado*, estrenada en octubre de aquel mismo año.

¹⁰ En 1964, la editorial Houghton Mifflin recogió estos poemas en el delicioso volumen *Dulce como un pepinillo y limpio como un cerdito*.

¹¹ «Las jirafas van a Hamburgo» evoca, a su vez, una visita de Karen Blixen al puerto de Mombasa, durante la cual tuvo ocasión de ver cómo de una caja de madera situada sobre la cubierta de un herrumbroso carguero alemán asomaban dos cabezas de jirafa que, procedentes del África Oriental, iban a ser enviadas a un zoológico ambulante de la ciudad germana aprisionadas en tan estrecha, hedionda y sarnosa «jaula» (Dinesen 1986: 234-236).

dolorosa separación de las «montañas azules» de África, sino el miedo a perder la libertad que tanto a ella como a su amiga la atenazaba (Dinesen 1986: 234-236). Pero, como veremos enseguida, no sólo fue el afán por la misma lo que unió a las dos artistas, pues en este ensayo pretendemos dar cuenta de las profundas afinidades existenciales y estéticas que compartían la escritora sureña, amante de la literatura realista, y la narradora danesa, a la que cierta crítica consideraba como una fantasiosa y romántica «Sherezade báltica». Para establecer dicha analogía, analizaremos distintos estudios biográficos sobre ambas autoras, así como su obra ensayística, narrativa y memorialística, todo lo cual utilizaremos como fuentes primarias para nuestra pesquisa dada la carencia de investigaciones que hasta hoy en día hayan abordado la obra de las dos escritoras desde una perspectiva comparativa. Además, con nuestro trabajo deseamos conmemorar el centenario del nacimiento de Carson McCullers, que venimos celebrando a lo largo de este año, a la par que rendir homenaje a la trémula y leal amistad que nuestras creadoras forjaron, fraternidad cuyo alcance y trascendencia han pasado hasta ahora desapercibidas incluso para la crítica de ascendencia feminista. Con este propósito, repasaremos la vida y la obra de estas «amigas imaginarias» a quienes, en lugar de separar, la realidad acabó por hermanar como sólo ella es capaz.

1. Una infancia marcada por la pérdida, pero también por el amor y la belleza que habitará para siempre en ellas

Las infancias de C. McCullers y K. Blixen estuvieron presididas por la pérdida del primer amor de su existencia, el único que, según ellas, las entendió y quiso tal como eran. No en vano, con éste compartieron una camaradería y una vida secreta que marcaron para siempre sus obras y sus relaciones amistosas y de pareja. En el caso de Carson McCullers, aquel primer amor, espontáneo y confiado, fue Lula Caroline Waters, su entrañable abuela materna:

Adoré a una anciana que olía siempre a verbena y limón —escribió la novelista en *Iluminación y fulgor nocturno*, su inacabada autobiografía—. Yo dormía con ella y secreteábamos en la oscuridad. A menudo me decía: «Acerca la silla, tesoro, y sube al

cajón de arriba del escritorio», y allí encontraba yo algo rico. Una magdalena, o para mi deleite, naranjitas chinas. Mi primer gran amor fue mi abuela, a quien yo llamaba «Mommy» (2001: 35-36).

En ella, la pequeña pudo refugiarse de las imposiciones de Vera Marguerite, su excéntrica madre, quien, obstinada en alcanzar la fama que ansiaba para sí misma tratando de convertir a su hija en una célebre concertista, llegó incluso a dictarle a Carson las letras en la consulta del oculista con tal de que éste no le pusiera unas lentes que afearan su carita (McCullers 2001: 98). En Lula Caroline, la niña halló también consuelo frente al «abandono» de su padre, un hombre bondadoso, entregado por completo al trabajo y sumido, a su vez, en el desamparo¹². De la mano de su abuela, Carson comenzó a frecuentar la Iglesia Bautista, así como a familiarizarse con la Biblia, el primer libro que amaría y que guardaría por siempre en su recuerdo, razón por la cual pasaría a formar parte de ella «como un músculo o un nervio» (McCullers apud Savigneau, 360). Sin embargo, lejos de la ortodoxia puritana, Lula Caroline había iniciado a su nieta predilecta¹³ en la epicúrea y romántica espiritualidad que ella misma encarnaba. Así lo ratifica el hecho de que la anciana consideraba que la santidad y la devoción no estaban en absoluto reñidas con el consumo de alcohol, pues, en su opinión, Dios no había creado las delicias del paraíso para que el pequeño adminículo de la lengua «se guardara y preservara para las funciones superiores de alabanza y acción de gracias» (Dinesen 2007: 62). De ahí que, cuando una delegación de la Liga de Mujeres Cristianas por la Templanza (WCTU) acudió a su casa para sugerirle que dejara la bebida, ésta respondió a su petición invitándolas a un ponche para, seguidamente, desentenderse de ellas recordándoles lo «tremendamente cortas de entendimiento que eran» (McCullers 2001: 36). De tan aguerrida abuela, cuya vida estuvo marcada por las agresiones y el alcoholismo de un marido que, con apenas treinta

¹² En *El corazón es un cazador solitario*, Carson retrató a Vera Marguerite a través del personaje de Lucille, la obsesiva madre de la pequeña y sufrida Baby Wilson, en tanto que su padre, Lamar Smith, es encarnado por Wilbur Kelly, antaño un hábil carpintero y ahora un tullido desempleado que repara relojes para ganarse un exiguo sueldo, tarea que, por otro lado, formó siempre parte de la profesión de joyero que ejerció su progenitor.

¹³ Al morir, Lula Caroline le legó a su nieta el único objeto de valor que poseía: su anillo de casada, una hermosa sortija de brillantes y esmeraldas que más tarde el padre de Carson vendió para que su hija pudiera ir a estudiar a Nueva York (McCullers 2001: 45).

años, la dejó viuda a cargo de cinco hijos, Carson aprendió el denodado esfuerzo y la paciente firmeza con que también ella afrontaría su dura existencia. Tan desgarradora fue la muerte de Lula Caroline para su nieta que, al conocer la noticia, se desplomó en el suelo del vestíbulo y, con cinco años, sufrió la primera crisis convulsiva de las muchas que habría de padecer luego a lo largo de su vida. No obstante, para preservarla intacta en sus entrañas, la pequeña hizo que su espíritu siguiera viviendo en ella, pues, como escribió recordándola en *El corazón es un cazador solitario*: «El que se ha ido no está realmente muerto, sino que crece y es creado por segunda vez en el alma del vivo» (2014: 134).

Por su parte, frente al conservador, burgués y ortodoxo medio familiar materno, el gran amor de Karen fue Wilhelm Dinesen, su padre. Proveniente de una notable familia de terratenientes rurales, éste vivió siempre en busca de una experiencia más intensa, que halló primero en la guerra prusiano-danesa, luego en la franco-prusiana y finalmente en la Comuna parisina, con la que simpatizó hasta que las atrocidades cometidas por ambos bandos motivaron que se desvaneciera su entusiasmo. Como el libertario cristiano y romántico exaltado que era, peregrinó más tarde a América, donde, inspirándose en el valor y la simplicidad de los aborígenes, trató de poner paz en su siempre convulso espíritu mediante las pruebas que suponían las dificultades y la soledad (Thurman, 25). Para ello, como H.D. Thoreau había hecho antes junto a la laguna de Walden, se construyó una cabaña a orillas del arroyo Swamp Creek, en medio de los frondosos y gélidos bosques de Wisconsin, donde sobrevivió varios meses alimentándose de lo que cazaba y pescaba. En aquellas lejanas tierras compartió experiencias con los indios sioux, pawnees y chippewas, los cuales le darían el nombre de «Boganis»¹⁴, pseudónimo con el que firmaría más tarde sus *Cartas de un cazador*, narración autobiográfica en la que idealizó la sabiduría de los nativos y denunció su exterminio¹⁵. Paseando con Karen por el bosque o contemplando la belleza del Sund junto a su pequeña, Wilhelm le fue legando a ésta su amor por los hombres agrestes y

¹⁴ Con este apelativo, que en la lengua de los chippewas significa «avellana», los indios amigos de Wilhelm Dinesen aludieron a la vulnerabilidad que su aparente fortaleza apenas camuflaba.

¹⁵ Fascinada por las historias que su padre le contaba, Karen firmaría sus primeros relatos con el pseudónimo de «Osceola», que tomaría del irredento jefe de los indios seminolas (Thurman, 26). Es también esa admiración la que explica que Nathaniel Bumppo –el mohicano que protagoniza las novelas de James Fenimore Cooper–, se convirtiera en el ídolo de su infancia.

la naturaleza, al tiempo que la arrancó del limbo doméstico para mostrarle que más allá del mismo se extendía un vasto mundo de pasiones y grandeza, que también había sido creado para ella¹⁶ (Thurman, 39). Por eso, el veintisiete de marzo de 1895, cuando la sífilis contraída en sus aventuras eróticas le impelió a quitarse la vida, su hija dijo haber perdido «una parte de sí misma», idéntica, por otro lado, a la que se le extravió a Carson el día en que falleció aquella entrañable abuela que olía a limón y verbena (Thurman, 39). Inmersas en adelante en un entorno familiar y social por el que no se sentían entendidas, las dos pequeñas se habituaron a vivir hacia adentro, así como a esconder a sus allegados los incendiarios sueños de libertad, justicia y belleza que Lula Caroline y Wilhelm seguían alentando en su fuero interno¹⁷. De ahí que los personajes de una y otra oculten a éstos el que consideran su «yo verdadero», el mismo que habitúan a desnudar ante desconocidos o extranjeros. Así sucede, por ejemplo, en *El corazón es un cazador solitario*, cuyos coprotagonistas, la adolescente Mick Kelly, el dueño del restaurante Biff Brannon, el doctor Benedict Mady Copeland y el *bobbo* Jake Blount hallan en el mudo John Singer al «interlocutor ideal», pues su paciente escucha y su serena comprensión alivia el dolor y la soledad que atenaza su corazón. Pero además, el «yo verdadero» de los personajes de Dinesen y McCullers está presidido por una tarea que conlleva enormes riesgos y por la que pagan un alto precio (Thurman, 37). Por eso, en la mencionada novela de la autora sureña, para salvar a su familia de la ruina, la adolescente Mick Kelly renuncia al sueño de tener un piano con el que interpretar las inasibles melodías que crecen en ella como «las ramas de un roble en primavera», en tanto que la lucha contra la injusticia que da sentido a la vida de B.M. Copeland y de J. Blount, creyentes ambos en la «santidad del espíritu humano», acaba haciendo de los mismos un impedido y un proscrito (2014: 255, 201). Por su parte, en el

¹⁶ En «Alkmene», Dinesen inmortalizó la relación con su padre encarnándolo en Vilhelm, un muchacho que mantiene con la joven protagonista del relato una «camaradería de los bosques y los campos» (2004: 201-239).

¹⁷ Dinesen personificó esta incompreensión en los parientes de su madre y, más especialmente en su tía Bess, quien, pese a ser una feminista declarada y un destacado miembro de la Iglesia Unionista, había sido reabsorbida y consumida por las exigencias de la familia, razón por la cual la retrató en «Las perlas» de tan inmisericorde manera: «La anciana, mientras hablaba, mantenía sus ojillos relucientes fijos en la cara de su sobrina. Poseía un carácter enérgico, hacía mucho tiempo que había decidido vivir para los demás, y se había erigido en conciencia de la familia. Pero, carente de esperanza o temores propios, era en realidad un viejo y vigoroso parásito moral del clan entero y, en especial, de los miembros más jóvenes» (2004: 118).

relato de la escritora danesa que lleva por título «El acre del dolor», el precio que su anciana protagonista paga para salvar la vida de su hijo es su propia vida, de ahí que, de manera recurrente, se citen en el cuento unos versos que rezan: «Morir por lo que uno quiere / es una dulce suerte» (2004: 73). Por este motivo, la mera existencia de los idealistas personajes que una y otra imaginan constituye, por sí sola, una incisiva crítica contra la realidad desencantada y prosaica que ha triunfado; es decir, un desafío romántico-libertario contra el impulso burgués de valorar toda experiencia en términos económicos, por su valor de mercado. Uno de los más consumados símbolos de ese desafío es, sin duda, el insurrecto árbol del cafeto del que Isak Dinesen habla en uno de sus cuentos:

- Tú sabes, Tembu -[le advierte a su interlocutor el personaje de Mira Jama, antaño célebre narrador]- que si al plantar un cafeto doblas la raíz, ese árbol comenzará, después de un corto tiempo, a echar una multitud de raíces pequeñas y delicadas cerca de la superficie. Ese árbol nunca prosperará, nunca dará frutos, pero florecerá con más riqueza y más pujanza que los demás. Esas delicadas raíces, enténdelo bien, son los sueños del árbol. Al echarlas fuera, no piensa más en su raíz doblada. Se mantiene con vida por ellas durante un tiempo no muy largo. O puedes decir que muere por ellas, si así te parece. Realmente, el soñar es la forma que tienen las gentes de buenos modales de cometer pecados (1999: 257).

Asimismo, en las líneas finales de *El corazón es un cazador solitario*, Carson McCullers ensalza las impalpables y sublimes gratificaciones que depara esa manera anticapitalista y extemporánea de afrontar la vida. Por ello, «en un fugaz resplandor», su autobiográfica narradora capta allí «una vislumbre del esfuerzo y del valor humanos. Del interminable y fluido paso de la humanidad a través del tiempo infinito. De aquellos que trabajan y de aquellos que –en una palabra- aman» (2014: 379). De este modo, no es extraño que, ante «el éxito de todos los fracasos» que los personajes de una y otra representan, uno se sienta «más bello ante su belleza y más inocente ante su inocencia» (González, 15; Dinesen 1999: 257). Dicha sensación es, por lo demás, inseparable de la forma en que ambas respondieron a la cuestión capital que se formularon acerca de la existencia, la cual no consistía en preguntarse qué «voy a hacer en este mismo momento, esta noche o mañana», sino en

tratar de saber qué «quiso Dios dar[les] a entender al crear el mundo, el mar, el desierto, el caballo, los vientos, [el hombre], la mujer» (Dinesen 1999: 257-258). Y es que, tanto para Carson como para Karen, el Universo había sido creado por una piadosa y paradójica divinidad a la que ambas veían actuar a través de ellas, y en la que el bien y el mal, lejos de opuestos, formaban una unidad.

2. La «majestad coeterna» de la «danesa africana» y la «rusa sureña»

Pese a ser iniciadas por su abuela y su padre en una religiosidad panteísta, romántica y libertaria¹⁸, las relaciones de nuestras escritoras con Dios también conocieron, en momentos puntuales, el desencuentro. Así lo prueba el hecho de que, a través del autobiográfico personaje de Mick Kelly, en *El corazón es un cazador solitario*, Carson afirmó que todo el mundo «sabía que no había ningún Dios», en tanto que, a partir del de Biff Brannon, se preguntó cómo le sentaría a su abuela saber que había abandonado, durante un breve lapso, la Iglesia y la religión (2014: 131, 40). A su vez, en «Cuentos de dos viajeros», Karen habló de «las horas oscuras de duda, temor y desesperación» que los seres humanos conocemos cuando no podemos conciliar nuestra idea de Dios con lo que vemos (1999: 62). Esta crisis espiritual llevó a la sureña a alejarse momentáneamente de Cristo y a coquetear con el comunismo debido al «sufrimiento sin esperanza» y al «salvaje deseo de destrucción» que la injusticia y el abuso cometidos contra Lucille, su niñera negra favorita, habían hecho anidar en su corazón (McCullers 2014: 154-155). El primer atropello perpetrado contra ésta, que desató la ira infantil de Carson, tuvo lugar el día en que un taxista blanco se negó a llevarla a su casa arguyendo que era negra. El segundo y mucho más dramático se produjo durante la Gran Depresión, cuando, despedida por la madre de la novelista debido a las penurias económicas que entonces atravesaba la familia, Lucille comenzó a trabajar para unos blancos que enseguida la acusaron de tratar de envenenarlos, por lo que, pese a que los padres de la escritora testificaron en su favor, la joven pasó un

¹⁸ En *El corazón es un cazador solitario*, Jake Blount afirma que él, Jesús y Marx podrían sentarse juntos a la mesa (2014: 169). Por su parte, en *El festín de Babette*, Dinesen celebra la unión espiritual entre la utopía revolucionaria, representada por la cocinera, una antigua *communard*, y el mesianismo bíblico, encarnado por la fraternidad luterana de Berlevaag.

año en prisión¹⁹. Por su parte, a causa de un romántico y adolescente amor frustrado hacia el hermano del que luego sería su marido, la danesa cayó presa de un melancólico e inhospitalario individualismo aristocrático que la incitaba al suicidio y del que se arrepentiría más tarde en algunos de sus relatos²⁰. No obstante, puede decirse que ambas se reconciliaron con Dios y hallaron por fin «la paz de espíritu» cuando, paradójicamente, la enfermedad se cruzó en su camino, dando así alas a sus carreras literarias. De hecho, la renuncia de Carson a cursar estudios musicales en Juilliard, como su madre pretendía, estuvo motivada por la referida crisis de reumatismo articular que padeció en el invierno de 1932, cuando decidió ser novelista para evitar más sufrimientos a su progenitor, quien, tras haber invertido todos sus ahorros en consultar a un montón de especialistas con la esperanza de que alguno de ellos diagnosticara el mal que aquejaba a su hija, se afligía enormemente pensando que no podría afrontar tantos gastos (McCullers 2001: 45). Por su parte, aunque la sífilis le fue diagnosticada a finales de 1914, Karen se consagró definitivamente a la literatura a partir de junio de 1931, cuando, tras un frustrado intento de suicidio motivado, entre otras causas, por la muerte de su amante, el aristócrata Denys Finch-Hatton, la pérdida de su granja y el desgarrador adiós a sus amigos africanos, regresó a Dinamarca, donde, escribiendo sus *cuentos góticos*, se sintió salvada. De esta manera, a través de la aceptación del mal que las hostigaba, ambas tomaron conciencia de la frágil condición humana, así como de que hay una libertad que únicamente se conquista cuando se es capaz de mirar a la muerte a la cara. «Y del mismo modo que la canción se aúna con la voz que canta, [...] y el camino se aúna con la meta», una y otra se aunaron con su destino y lo amaron como si fueran ellas (Dinesen 2001: 63). Por eso, si Carson afirmó «vivir de acuerdo con las enseñanzas de Cristo», incluso cuando a veces pensara que el Señor la

¹⁹ La novelista se alejó del ideario comunista debido a la también terrible experiencia de su amigo Richard Wright, autor, entre otros títulos, de la novela autobiográfica *Chico negro*, obra que Carson consideraba «uno de los libros más bellos escritos por un negro sureño» (2001: 105). Miembro del Club John Reed y afiliado al Partido Comunista, en cuyo seno se le tildaba de «trotskista», éste lo abandonó finalmente en 1942, tras ser objeto de persecuciones y amenazas, lo cual no impidió que más tarde fuera también incluido en la lista negra del macartismo. Esto explica que la obra de McCullers contenga acerbos críticas contra todo colectivo de espíritu gregario y fundamentalista.

²⁰ En «El tercer cuento del cardenal», la misántropa y endiosada lady Flora Gordon, trasunto de la propia Karen, es sanada de su soberbia por un divino o maligno azar (2004: 74).

había tomado por Job (2001: 16), Karen defendió que el orgullo no es sino «la fe en la idea que Dios tuvo cuando nos creó», y que, «al igual que el buen ciudadano encuentra su felicidad en el cumplimiento de su deber hacia la comunidad, así el hombre orgulloso encuentra» la suya cuando su vida se ajusta al plan trazado por la divinidad (1986: 206). En este sentido, señaló que

[l]a gente que no tiene orgullo no es consciente de que Dios haya tenido una idea al crearla. Acepta como realización lo que los otros ordenan que sea, y toman su felicidad, e incluso su propio ser, de la moda del día. Tiemblan, y con razón, ante su destino (1986: 206).

A partir de aquel momento, una y otra volvieron sus ojos hacia una serie de consejeros espirituales y estéticos a quienes, a fuerza de amarlos, acabarían luego pareciéndose tanto. Como ellas, estos sabios tenían un profundo sentido del «daimon» y de la tragedia; como ellas, personificaban y celebraban la lucha heroica y desesperada contra las duras condiciones de existencia y, como ellas, eran capaces de tratar la vida y la muerte, la ventura y la fatalidad con desapasionamiento, equidistancia y ecuanimidad. En el caso de Karen, sus primeros maestros fueron los «amables sirvientes de Rungstedlund» - pescadores, lecheras, criados y mozos de cuadra-, de cuya compañía gustó en su infancia porque admiraba su estoicismo, su hablar franco, su humor atrevido y, sobre todo, sus historias y comadreo, en los que los golpes de buena o mala suerte eran moneda corriente (Thurman, 45). A éstos se sumaron luego los somalíes, masais y kikuyus de su granja africana, quienes, «acostumbrados a lo inesperado y preparados para lo imprevisto», vivían en «buenas relaciones con el destino», hasta el punto de que para ellos constituía su «hogar, la penumbra familiar de la cabaña, el molde profundo de sus raíces» (Dinesen 1986: 24). No en vano, fueron sus amigos nativos quienes le enseñaron a conocer a Dios como ella lo reconocería luego: a través del tormento y la gracia, la desesperación y la esperanza, paradójica armonía que la autora danesa consignó en este bello pasaje de *Memorias de África*:

Conocían al Señor por los largos años de sequía, por los leones que por la noche vagaban por la llanura, por los leopardos que merodeaban las cabañas cuando estaban los niños solos en ellas y por los enjambres de langostas que descendían sobre el suelo, nadie sabía de dónde, sin dejar una brizna de hierba a su paso. Lo

conocían por las horas de increíble felicidad, cuando los enjambres pasaban sobre los campos de maíz sin detenerse, o en primavera, cuando las lluvias llegaban temprano y en abundancia, haciendo que prados y llanuras florecieran y dieran buenas cosechas (1986: 25).

Por otro lado, entre los guías literarios de Isak Dinesen se cuentan los clásicos griegos y latinos, los escritores románticos, malditos y decadentes, pero también William Shakespeare, de quien la autora fue una lectora entusiasta toda su vida y a cuyo sentido de la tragedia sintió que pertenecía hasta un punto tal que en varios de sus cuentos se atribuyó a sí misma el nombre de algunas de sus heroínas²¹. Otro de sus autores predilectos fue sin duda Friedrich Nietzsche, en quien reconoció a un «hermano en la felicidad y en el tormento» que compartía con ella un gusto no adulterado por el peligro y reivindicaba el coraje auténtico (Thurman, 257). De hecho, la noción de «amor fati» elaborada por el filósofo alemán guarda un gran parecido con el concepto dinesiano de «orgullo divino». Para comprobarlo, basta recordar que en uno de sus últimos escritos, aquél dijo:

Como mi naturaleza más íntima me enseña, aquello que, visto desde lo alto y en el sentido de una *gran* economía, es necesario, es también lo útil *par excellence*; uno debería no sólo soportarlo, sino *amarlo*. *Amor fati*: ésa es mi naturaleza más íntima. Y en cuanto a mi larga enfermedad, ¿acaso no le debo indeciblemente más que a mi salud? Le debo una salud *superior* [...] *Le debo también mi filosofía...* sólo el gran dolor es el liberador último del espíritu (Nietzsche apud Thurman, 250).

Otro de los maestros de Dinesen fue el ensayista y crítico danés Georges Brandes²², quien, además de autor de eruditos ensayos sobre F. Nietzsche y W. Shakespeare, es también artífice de un estudio sobre la obra de Wilhelm Dinesen, de quien era íntimo amigo, de ahí que su pensamiento ejerciera una gran influencia sobre la autora danesa.

²¹ En «Alkmene», Dinesen se identificó con Perdita, la protagonista del shakespereano *Cuento de invierno*, título que dio, por otro lado, a una de sus colecciones de relatos.

²² Considerado el más importante teórico de la literatura escandinava moderna, G. Brandes (1842-1927) condenó en sus escritos la persecución de las minorías políticas y religiosas y combatió el nacionalismo y el imperialismo. Además de encumbrar a F. Nietzsche, contribuyó también a que ilustres autores como Selma Lagerlöf y Henrik Ibsen conquistaran la fama.

Entre los referentes de ésta se cuentan también los profetas y las figuras del Antiguo Testamento, cuyas crueles y sedantes parábolas solía recitarle de memoria Denys Finch-Hatton, su aristocrático amante de origen británico y corazón africano. Por último, cabe señalar que, desde bien temprano, Karen se dejó seducir por las sagas nórdicas y el cuento tradicional, lo narrara éste Hans Christian Andersen o la mismísima Sherezade, a quien, con el paso del tiempo, ella misma llegaría a emular, algo que, por otro lado, suscitaría que influyentes críticos de su país natal la acusaran errónea e injustamente de evadirse de la realidad²³.

Por su parte, Carson McCullers contó entre sus primeros guías con Lucille, su niñera negra preferida, a través de cuya experiencia conoció el callado heroísmo y la discreta valentía que requiere el sobreponerse a la humillación brutal cuando se ha sido su impotente víctima²⁴ (McCullers 2001: 95). En torno a los trece años, entró en contacto con quienes serían luego sus mentores literarios: Dostoievski y Tolstoi, dos autores que conmocionaron su adolescencia y cuya grandeza radicaba, según ella, «en haber aceptado, más que los demás, nuestra condición vital» (McCullers apud Savigneau, 359). «Ellos – afirmó- miran la vida como un todo, como una unidad, y saben, sin dejarse llevar jamás por el cinismo», que, además de inevitable, la muerte dota a los elementos disgregadores de armonía y entidad (McCullers apud Savigneau, 359). Esta misma concepción era también compartida por Thomas Wolfe, el autor sureño con el que más apasionadamente aseguró estar en deuda (McCullers 2001: 98). No en vano, en *Hermana muerte*, éste había emprendido un viaje alucinante a través de su desolado reino en las grandes ciudades para transmitirnos su juicio feroz e inexorable, pero también para proporcionar un poco de consuelo a quienes, en medio de la soledad y la aflicción, seguían sin importarle a nadie:

²³ Dichas acusaciones surgieron a raíz de la edición danesa de *Siete cuentos góticos* en 1935, fecha histórica en que, además de atravesar una profunda crisis económica y social, Dinamarca acogía sucesivas oleadas de refugiados que llegaban de España y Alemania. En este sentido y, para desmentir a los detractores de Dinesen, basta señalar que, pocos días después de que Hitler dictara la orden de arresto y deportación de los judíos de Dinamarca, la escritora dio muestras de su compromiso participando en la operación de salvamento organizada por la resistencia, en el marco de la cual ocultó en su finca a varias familias judías.

²⁴ A lo largo de su obra narrativa, McCullers encarnó en diversas criadas negras a su niñera predilecta. Tal es el caso de la Portia de *El corazón es un cazador solitario*, de la Berenice Sadie Brown de *Frankie y la boda*, pero, sobre todo, de la Vitalis de su relato «Sin título», verdadero paradigma del afecto que le tenía (2007a: 82-86).

Orgullosa Muerte, Muerte Orgullosa –escribió Wolfe-, te alabo no por la gloria que añadiste a la gloria de los reyes, no por el honor que impusiste sobre las dignidades de los grandes hombres, no por la magia final que has proporcionado a los labios de los genios, sino porque acudes a nosotros con generosidad, a nosotros, que no conocemos la gloria, a nosotros, cuyas vidas son anónimas y oscuras, y nos das a todos –átomos sin nombre, sin rostro y sin voz-, el cisma sagrado de tu grandeza (2014: 92).

Así fue como, partiendo de la monumental indiferencia con que sus vidas habían sido golpeadas y de la conciencia superior que, a raíz de esto, en ellas se despertara, Carson y Karen trataron de devolverle el origen divino y la dignidad a la vida humana. En ello hubo de influir de forma sustancial el hecho de que ambas habían podido comprobar que, tanto en la salvaje África colonial, como en el racista y campesino Sur de Estados Unidos, invadidos y arrasados en pocos años por el Norte industrializado, la existencia de los olvidados nada valía ya frente al ánimo de lucro, la arrogancia y el éxito social²⁵. Por ende, en sus relatos, una y otra retrataron el nuevo sistema de valores característico de una sociedad dispuesta a desprenderse de la misericordia y la piedad como si se tratara de algo pasado de moda o demasiado sentimental²⁶ (Wolfe 2014: 27). Para pintar la nueva y degradada condición humana y su realidad grotescamente desequilibrada, las dos se sirvieron de una técnica basada en «la yuxtaposición audaz, y en apariencia insensible, de lo sagrado y lo licencioso, lo trágico y lo humorístico, lo grandioso y lo trivial», etc.²⁷ (McCullers, 2007b: 60-61). Para encontrar el origen de dicha técnica, basta con volver los ojos hacia campesinos rusos y sureños, nativos africanos y gentes danesas del pueblo,

²⁵ Si en su ensayo «El realismo ruso y la literatura del Sur», McCullers constató el escaso valor que tenía la vida humana en la Rusia zarista y el Sur de los Estados Unidos de principios del siglo XX, en *Memorias de África* Dinesen evidenció cómo la de los kikuyus y masais de su granja dependía de la posesión de una vaca.

²⁶ Como plasmación de este proceso, en *El corazón es un cazador solitario*, leemos: «Bajo este sistema, los cerdos son valiosos y los hombres, no. No se pueden hacer costillas y salchichas de cerdo de los flacuchos niños de las hilanderías. No se puede vender más que la mitad de una persona en estos tiempos. Pero un cerdo...» (2014: 315).

²⁷ Debido al uso de esta técnica, McCullers se vio inscrita en la tradición del «gótico sureño», corriente que, según la crítica, privilegiaba los aspectos disfuncionales y patológicos de la realidad. En cambio, para la novelista, dicha técnica era deudora de la larga tradición realista que, desde los creadores del Antiguo Testamento hasta nuestros días, había venido retratando la naturaleza humana sin vacilar y sin ver en ella nada morboso ni anormal. Por esto motivo, Carson habló en sus escritos no del «gótico», sino del «realismo sureño» (2007b: 59-7).

quienes, en medio de la indolencia que mostraba hacia ellos el nuevo y civilizado Dios del dinero, nunca dudaron de que, tanto en la fortuna como en la adversidad, el Dios de antaño los seguía amando (Dinesen 1999: 62-65). Uno de los atributos que todos ellos admiraban más de la antigua divinidad, radicaba en que, en lugar de juzgarlos, ésta amaba a los hombres por lo que eran y administraba el bien y el mal sin atender en modo alguno a la ley humana de la necesidad (Marías, XII). Quizá por eso, quien se acerca a los relatos de Karen y Carson constata que una y otra amaron a sus personajes a la manera en que aquella «majestad coeterna» amaba a sus criaturas terrenas (Dinesen 1986: 22). Prueba de ello es que ambas tuvieron «el buen gusto y el decoro de quedarse quieta[s] y de no interferir» en los asuntos humanos que estaban tratando para que la felicidad y la desdicha, la salvación y el arrepentimiento siguieran siendo prerrogativa de éstos (Marías, XII). Y puesto que las dos creyeron que el territorio de la ficción era el territorio mismo de Dios, «la voz del silencio» es la que nos habla invariablemente al final de sus novelas y cuentos; la misma que resonará para ambas cuando el Señor imparta justicia en el Último Día; la misma en la que se resumían para Carson todos los encuentros humanos (2001: 77); la misma que escuchamos al final de «La página en blanco», extraordinario relato en que Karen homenajeó a las narradoras de cuentos capaces de leer en dicho «pedazo de puro lino blanco», la historia «más profunda, dulce, alegre y cruel» (1990: 102, 98). Por eso, lejos de la insensibilidad de la que las acusaron, lo que se desprende de sus escritos es más bien «una especie de ingenuidad, una aceptación de incongruencias espirituales sin preguntar por sus razones y sin tratar de proponer una respuesta universal» (McCullers 2007b: 71), quizá, porque, como Carson escribió en su ensayo «La soledad... una enfermedad americana», ella y su amiga estaban convencidas de que,

[y]a sea en las alegrías bucólicas de la vida rural o en la ciudad laberíntica, nosotros siempre estamos buscando. Caminamos sin rumbo, preguntamos. Pero la respuesta espera en cada corazón por separado: la respuesta de nuestra propia identidad y de la manera en que podemos dominar la soledad y sentir que, por fin, pertenecemos a algo (2007b: 77).

La respuesta personal que las dos artistas hallaron fue también similar, pues, como vamos a ver de inmediato, una y otra concibieron su dedicación literaria como una tarea divina para la que habían sido elegidas, es decir, como la misión que les había encomendado la divinidad a cuya insondable unidad pertenecían y a cuyo mandato no podían faltar.

3. De la portentosa imaginación de Dios a la iluminación del autor

En *Memorias de África*, Isak Dinesen señaló que el atributo que los africanos y orientales más admiraban y buscaban en Dios era el poder infinito de su imaginación (1986: 24). Por este motivo, advirtió que, si el mítico califa Harún al-Raschid, protagonista de algunas de las historias narradas por Sherezade, conservaba todavía su posición de gobernante ideal en los corazones de África y de Arabia, ello se debía a su inagotable capacidad de imaginar (1986: 24). De igual modo, la propia escritora reconoció dicha cualidad no sólo en *Las mil y una noches*, sino también en otros escritos, caso de *El Libro de Job*, facultad a la que, por otro lado, consideró como la más evidente prueba de la existencia del Supremo Hacedor. Así al menos se desprende de su hermoso relato póstumo *Ehrengard*, donde, mientras contempla «las pálidas estrellas de un pálido cielo», la narradora le hace exclamar allí al personaje de Herr Cazotte, su alter ego:

Qué tremenda e insondable fuerza de imaginación [...] ha dado forma a cada uno de los más mínimos detalles que aquí se encuentran, y los ha combinado hasta crear una poderosa unidad. Yo no soy una persona modesta, tengo en bastante mis propias dotes, y me atrevo a creer que podría haber imaginado una u otra de las cosas que me rodean. Podría haber inventado la alta hierba, pero ¿podría haber inventado el rocío? Podría haber inventado la oscuridad del crepúsculo, pero ¿podría haber inventado las estrellas? Sé –se dijo mientras permanecía en absoluta quietud y escuchaba- que no podría haber inventado el ruiseñor.

[...] Tal variedad infinita no puede en modo alguno necesitarla la economía de la Naturaleza, habrá de ser por fuerza la manifestación de un espíritu universal: inventivo, vivaz y juguetón en exceso, incapaz de contener sus festivos torrentes de felicidad. En verdad, en verdad: *Domine, non sum dignus* (2001: 76-77).

Gracias a este «inventivo espíritu universal» que deslizó a través de ella sus «incontenibles y festivos torrentes de felicidad», Dinesen llegó a conquistar la «verdadera libertad»:

No la libertad del dictador, que impone al mundo su voluntad, sino la libertad del artista, que no la emplea, sino que se ha librado de ella. El placer del verdadero soñador no reside en la sustancia de su sueño, sino en esto: que las cosas ocurren sin ninguna interferencia por su parte y, además, completamente fuera de su control [...]. Durante todo el tiempo le rodea un sentimiento de inmensa libertad y le invade, como el aire y la luz, una felicidad ultraterrena (1986: 74-75).

Por su parte, Carson declaró que «el escritor es [...] un soñador consciente», al tiempo que definió la creación como un «sueño que florece»:

Las ideas crecen, echan brotes en silencio, y surge un millar de iluminaciones que se suceden día a día mientras la obra progresa. Las simientes crecen en la escritura como en la naturaleza. [...] El enfoque llega en momentos inesperados: nadie sabe por qué y el autor menos que nadie. [...] Para esas iluminaciones, el autor depende al mismo tiempo del azar y de la belleza [...]. Cuando la idea ha florecido, la confabulación que se produce es de orden divino [...]; no hay alegría como ésa (2007b: 104-116).

Quizá por eso, en *Iluminación y fulgor nocturno*, la novelista norteamericana evocó cómo, en medio de un largo y espantoso periodo marcado por la agudización de su enfermedad, la primera separación de su marido y la muerte de su amiga AnneMarie Clarac Schwarzerbanch, sólo la inspiración le permitió sentirse agradecida por estar viva. «Entonces –dijo– ocurrió algo maravilloso: concebí “Un árbol, una roca, una nube”. El horror desapareció casi tan rápido como vino. Recuerdo que, cuando [lo] terminé [...] rompí a llorar de pura emoción y gratitud» (2001: 65). Es por eso que, tanto en los escritos de la autora danesa como en los de la narradora sureña, hallamos testimonios de cómo esos torrentes o simientes se fijan en ideas o enfoques que les llegan desde «un divino afuera». Así, por ejemplo, sabemos que a Isak Dinesen se le apareció el rostro del personaje de

Pellegrina²⁸ mientras contemplaba el de una bruja confeccionada a base de tela y madera a la que, en la flamígera noche de San Juan, un aldeano danés había colocado encima de una hoguera para que todos los malos espíritus perecieran con ella (Saint Pern, 214). En el caso de Carson, sabemos que el extraño tándem protagonista de *La balada del café triste*, formado por Miss Amelia y su primo Lymon, se le apareció cierto día paseando por la calle Sand de Brooklyn, cuando entre sus parroquianos vio a «una mujer alta y fuerte como una gigante y, pegado a sus talones, un jorobado» (McCullers 2001: 63). Sin embargo, no hay que olvidar que, tanto para una como para otra, aquellos «sueños» e «iluminaciones» eran la recompensa a un denodado trabajo. Y es que, como le sucede a Babbette Hersant, la protagonista del festín dineseano, Karen y su amiga propagaron a través del mundo un grito largo, brotado de su corazón, que rezaba: «Dejadme esforzarme al máximo» (Dinesen 2007: 104). De ahí que, echando mano de las fuerzas más recónditas del alma y, hasta postradas en cama, ambas transformaran el aullido de dolor que zahería sus entrañas en palabras rebosantes de esperanza. No en vano, el amor y la compasión por todo el género humano fueron, sin duda, los otros ingredientes fundamentales de su trabajo, pues, como se preguntó Carson: «¿Es que, sin amor y sin la intuición que procede del amor, puede un ser humano colocarse en la situación de otro ser humano?» (2007b: 116). Por supuesto, la escritora no se estaba refiriendo al «amor superficial de Eros», apasionado e individual, sino al amor de Dios, de Ágape, fraterno y leal (McCullers 2007b: 117); ese que, según Dinesen, hay que buscar más hondo en el dominio de los corazones humanos y en el que no se distingue el apetito de la saciedad (Dinesen 2007: 11, 87); ese en virtud del cual las vanas ilusiones de este mundo se disuelven como el humo y se nos concede un instante de eternidad (Dinesen 2007: 92-93); ese que hace que la vida parezca una cuestión mística y la felicidad se presente como un concepto moral (Dinesen 2007: 74, 21).

²⁸ Pellegrina Leoni es la autobiográfica protagonista de «Los soñadores» (1999: 249-322).

4. Conclusión

Desde pequeñas, guiadas por su padre y su abuela, Karen y Carson captaron la unidad esencial e inefable de la existencia, la cual les proporcionó un sentimiento de amor, libertad y belleza idéntico al que Adán debió sentir cuando el Señor «lo formó del polvo [...], la misma sensación de profundo triunfo religioso» (Dinesen, 1986: 100). Por eso, desde el momento en que Lula Caroline y Wilhem murieron, ambas anhelaron desesperadamente volver a pertenecer a algo. Para ello, trataron de deshacerse de su soledad desliéndola en el abrazo de la naturaleza y de todo el género humano. «Yo era la hierba y el aire, yo era las lejanas e invisibles montañas, yo era los agotados bueyes. Respiraba con el suave viento de la noche de las acacias», decía Karen en *Memorias de África* (1986: 214-215), en tanto que, a través del personaje de Jake Blount de *El corazón es un cazador solitario*, su amiga afirmaba: «Tengo algo de negro y de italiano, y de esclavo y de chino. De todos ellos. [...] Y soy holandés, y turco, y japonés, y americano» (2014: 32). Más tarde, en medio de penas y de atroces sufrimientos, se los guardaron dentro del pecho y se mostraron tan valerosas que, incluso en este momento, irradian luz a lo lejos (Dinesen 1986: 168). Fue también en tan terribles instantes cuando ambas juraron «lealtad a las fuerzas salvajes, [...] a la Imaginación del Universo» que, cual ángel de la guarda, venía a veces a posarse en su pensamiento (Dinesen 1986: 362). Fruto de tan etéreo encuentro son unas historias en las que la vida humana se eleva como «algo solitario, pequeño y digno de piedad, pero grandioso en sí mismo bajo un cielo cruel e infinito» (Wolfe 2014: 25). Por eso, al leerlas, sentimos «cómo nuestras vidas están en contacto con todos aquellos que una vez vivieron, y cómo cada oscuro momento, [...] cada voz perdida y cada paso olvidado» sigue aún vibrando en algún lugar del aire que respiramos (Wolfe 2014: 39). Es justamente en ese lugar donde nos aguarda la esperanza que Dios les otorgó como gracia suprema y por la que todo en sus escritos posee una inigualable nobleza y parece hecho para la libertad y la grandeza (Dinesen 1986: 9). Por ello, no es extraño que, después de acercarnos a la vida, obra y pensamiento de estas amigas reales e imaginarias sólo podamos pensarlas

«vestidas de espejismo y de neblina del alba» (Dinesen, 1986: 336), elevándose al cielo para, mientras desaparece la tierra, jugar con los vientos, pues así es como ambas nos dicen que escribieron esas historias y cuentos «capaces de cambiar nuestra percepción del Universo» (Saint Pern, 253).

© **Natalia Izquierdo López**

Bibliografía

- Dinesen, Isak. *El festín de Babette*. Barcelona: Nórdica Libros, 2007.
- . *Cuentos de invierno*. Madrid: Alfaguara, 2004.
- . *Ebregard*. Madrid: Reino de Redonda, 2001.
- . *Siete cuentos góticos*. Madrid: Unidad Editorial, 1999.
- . *Últimos cuentos*. Madrid: Debate, 1990.
- . *Memorias de África*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1986.
- González, Ángel. *Palabra sobre palabra*. Barcelona: Seix Barral, 2008.
- McCullers, Carson. *El corazón es un cazador solitario*. Barcelona, Seix Barral, 2014.
- . *Dulce como un pepinillo y limpio como un cerdito*. Barcelona: La Poesía, señor hidalgo, 2007c.
- . «*El mudo*» y otros textos. Barcelona: Seix Barral, 2007b.
- . *El aliento del cielo*. Barcelona: Seix Barral, 2007a.
- . *Iluminación y fulgor nocturno*. Barcelona: Seix Barral, 2001.
- Saint Pern, Dominique. *Karen Blixen*. Barcelona: Circe, 2015.
- Savigneau, Josyane. *Carson McCullers*. Barcelona: Circe, 1997.
- Thurman, Judith. *Isak Dinesen. Vida de una escritora*. Barcelona: Planeta, 1986.
- Wolfe, Thomas. *Hermana muerte*. Cáceres: Periférica, 2014.
- Marías, Javier. «Prólogo». En: Dinesen, Isak. *Últimos cuentos*. Madrid: Debate, 1990, V-XII.